

¿Es posible hacer una historia de las mujeres?

Fernanda Núñez

Hace ya muchos años que ha surgido la preocupación por una "historia de las mujeres" en diversas regiones del saber histórico. Es importante resaltar que algunos de los mejores investigadores han tenido una evolución que los llevó a este campo después de haber salido de la historia obrera.

La historia de las mujeres ha pasado por un cierto número de etapas historiográficas para por fin imponerse definitivamente. Antes de los años 60, la historiografía era un espacio esencialmente masculino donde la mujer aparecía a lo sumo como figura de porcelana en un escenario viril. Después, y sobre todo a partir de 68 y su júbilo iconoclasta, empieza una época de rompimiento con los tabúes historiográficos y de replanteamientos metodológicos. El resultado de este gran salto es que la historia de las mujeres es hoy en casi todo el mundo un espacio académico particularmente pujante y activo que se renueva metodológicamente a una velocidad sorprendente. Podríamos decir que la historia de las mujeres entra a una nueva etapa madura y fecunda. Los que como yo han tenido la suerte de pasar un año en París escuchando seminarios y asistiendo a reuniones, estarán marcados por esta continua elaboración historiográfica, por la inteligencia y el extraordinario desarrollo de dichas investigaciones.

Ya una primera vez en "L'Histoire sans qualités",¹ libro por desgracia no traducido aún al español, las historias francesas intentaron hacer

un balance historiográfico y explicitar el lugar desde donde hablaban. Así se elaboró el primer "manifiesto" de esta nueva historia de mujeres. Cinco años después, la mismas historiadoras con otros más, reinciden, más seguras y fuertes por el camino ya recorrido, barriendo con las últimas objeciones y abriendo definitivamente la historia de las mujeres hacia una historia "global".² Es a partir del resultado de este encuentro que nos gustaría presentar y defender el trabajo realizado por ellos y acaso tal vez acabar con las últimas resistencias que impiden que en México se logre realmente escribir una historia de las mujeres.

En las esferas mexicanas de la cultura "histórica" liberal actual, se dice que "la" mujer, o más bien, las mujeres han sido "excluidas de la Historia". Parece como si todo hubiera sido planeado con mucho cuidado para que la Historia les fuera evitada. Lo más dramático es que esta "desapropiación" se convierte en una chapa de plomo que recubre no solamente la vida cotidiana de las mujeres sino también impide que se analicen y aclaren los mecanismos de este encubrimiento.

En historia los estudios sobre las mujeres han seguido un camino parecido a los de la antropología clásica. Al tratar a las sociedades como una colectividad masculina, los historiadores han dado una dimensión sexual a la historia, pero a la vez unívoca puesto que está fundada en el olvido —rechazo— de las mujeres. Existen análisis recientes³ que nos muestran las razones científicas e

ideológicas de esta orientación historiográfica tan ligada a las problemáticas de la historia dominante (positivismo o marxismo).

La historia antropológica y el aumento de interés por la historia de las mentalidades prepararon un terreno favorable para que la historia tomara en cuenta el análisis de los roles sexuales.⁴ No obstante, fue la explosión del movimiento feminista la que obligó a un cuestionamiento más profundo, pues escribir la historia de mujeres era una contribución para la toma de conciencia política del movimiento contemporáneo de las mujeres.

La exigencia de historiadores y antropólogos sería la misma: tomar en consideración a lo masculino y a lo femenino paralelamente en todo análisis histórico y pensar que las relaciones entre ellos "pueden ser motores de la historia". Esta nueva orientación crítica supone el cuestionamiento de toda una serie de esquemas preestablecidos.

Es por eso que el territorio del historiador ya no puede permanecer como exclusivo de un solo sexo, paisaje histórico únicamente en los momentos de oposición del poder de los hombres y de sus conflictos, dejando atrás del telón a las mujeres. Ya no se les puede arrinconar en el lugar exclusivo que se les había concebido: el hogar, lugar sin tiempo y de todos los tiempos, islote de la familia con sus reglas, mitos y ritos sólo dignos de estudios antropológicos o psicológicos pero jamás de historia. Debemos abandonar de una vez por todas la imagen fija y estereotipada de la *naturaleza femenina*, guardiana inmemorial del hogar o estatua ornamental del inconsciente masculino.

En general, en las ciencias humanas la dicotomía mujer/esfera doméstica, hombre/esfera pública se ha tomado como eje fundamental de la descripción de la realidad social. Lo anterior no da cuenta de que esta "división natural" es solamente una mera construcción metodológica y que por eso mismo tiene más que ver con una construcción histórico-ideológica concreta, que con una naturaleza única y trascendente. La inclusión de la mujer en la "naturaleza" tuvo como resultado excluirlas de la historia, lo que permitió a antropólogos e historiadores clásicos poder "llamarlas" cuando las necesitaban como complemento del análisis masculino, sin jamás tener

que cambiar el fundamento epistémico de sus análisis.

Para poder constituir una nueva historia de las mujeres tendremos que pasar por la revisión de las consecuencias de este tipo de descripciones. Es evidente que la naturaleza de la diferenciación sexual es uno de los elementos histórico-sociales fundamentales que se debería tomar en cuenta para el análisis de cualquier sociedad en cualquier época.

Así la historia de las mujeres toma una colocación muy especial; es un punto de partida ideológico así como existencial; el espejo de la Historia no refleja rostros femeninos, sino el suyo propio, el del otro masculino; al no entrar en la memoria la mujer está en el olvido. Descubirla es tal vez sentir que uno viene de alguna parte, es inscribirse en el tiempo. Pero cómo hacer para defenderse de esa expulsión, si todos los signos (huellas) pasadas y presentes son tan precarios ¿dónde encontrar la memoria? Este profundo cuestionamiento, tan claramente expuesto por Arlette Farage,⁵ lo hacen suyo las historiadoras que tras veinte años de historia de mujeres intentan replantear su quehacer.

Desde hace varios años en Europa y Estados Unidos se ha reconocido un lugar a la historia de las mujeres. Hoy los historiadores, mayoritariamente mujeres, se preguntan sobre el camino recorrido hasta ahora. Estratégicamente hablando, nos dicen, fue importante la rememorización, el rescatar a las mujeres de las sombras, el ponerlas en el primer plano de la escena. Esta acumulación primitiva hablaba de las victorias y luchas desconocidas o de las humillaciones bien conocidas. Hoy parece más importante no llenar un vacío en blanco hablando de las mujeres y sus luchas sino subrayar los rasgos de un dibujo borrado pero bien trazado. Buscar las causas del olvido, dilucidar el funcionamiento de la memoria.

Aparece como urgente tomar el campo histórico en su conjunto sin retringirlo al dominio femenino. Interrogarlo de otra forma haciendo surgir cada vez la división sexual de los roles. Pues es en el mecanismo y el lugar de esta división entre lo masculino y lo femenino donde se ha hecho el silencio. De este silencio lo masculino ha salido vencedor, inscrito en la noble materia del tejido histórico. Mientras, lo femenino desaparecía dos

veces, una bajo el dominio efectivo del poder masculino y por su lenta sumisión a un papel asignado y una segunda, escondida tras el molesto recuerdo que dispone la memoria colectiva y política que voluntariamente hace surgir únicamente de las sombras al hecho masculino como "el" hecho.

Pauline Schmitt-Pantel⁶ hace un balance historiográfico de las investigaciones hechas sobre las mujeres en la ciudad griega. Parece ser, dice ella, que hay un acuerdo de todos en cuanto al estatus y la condición de la mujer en la época clásica, basándose (y tal vez ése sea uno de sus defectos) en documentos "fiables" para el historiador.⁷ Así, los diferentes sistemas de explicación propuestos reintroducen la problemática del mayor o menor poder femenino, que parece ser el mismo debate de principios de siglo sólo que responde a preocupaciones ideológicas radicalmente diferentes. La abundante producción de los últimos diez años prueba que todo estudio aislado sobre las mujeres griegas no llegó a ningún lado y que para salir de ese callejón sin salida habría que plantearse nuevas preguntas introduciendo la división entre lo masculino y lo femenino. Esto último considerado en toda una serie de prácticas sociales sin privilegiar algún espacio en cualquier investigación sobre la muerte, la comida, la guerra, el vestido, los dones o la producción en general, como ya lo empieza a proponer la antropología. En el estudio sobre la organización de los espacios y sus funciones en la polis griega, se podría también cuestionar el modelo tan arraigado de oposición de un espacio público masculino y otro privado femenino, donde todo lo que escape a alguno de los dos se vuelve "excepción" y entonces se analiza siempre la presencia de las mujeres cuando no están en el lugar que teóricamente se les ha asignado: esclavas, extranjeras, jóvenes, esposas de ciudadanos pobres, y la lista se alarga hasta hacernos pensar que ya no son minoría.

Una nueva lectura de la iconografía parece fundamental para otro tipo de análisis de la sociedad griega. Ya no será suficiente tomar el conjunto de escenas de vasos y describirlas como escenas de gineceo, sino ponerlas en serie y estu-

diar la presencia simultánea o alternada de hombres y mujeres en los momentos importantes para la ciudad como la partida o el regreso del guerrero, los funerales, banquetes, fiestas, etcétera.⁸

El análisis de los mitos (sin proponérselo de antemano como meta) ha resaltado el lugar tan importante que ocupaban las mujeres en el imaginario griego y también las líneas de división entre lo masculino y lo femenino y sus respectivas posiciones frente a instituciones fundamentales para la ciudad como el sacrificio, el matrimonio o la iniciación.⁹

Los análisis sobre la tragedia y la comedia clásicas han mostrado cómo la división de sexos y la puesta en escena de lo femenino han servido para pensar problemas capitales para la ciudad como la crítica de lo político, los límites del poder, la guerra, la reproducción.¹⁰

Estudios muy especializados y finos sobre lo femenino en el hombre y lo masculino en la mujer, el travestismo y la ambigüedad entre los sexos —jamás recíprocos totalmente—, permite plantear muchas preguntas sobre el discurso griego y la división sexual, así como explicar el rol y la función de dichos discursos en la ciudad griega.¹¹

La división de roles y la relación entre lo masculino y femenino serían las metas de investigación que se plantean la historia del imaginario y la historia antropológica, sin por ello situarse en un plano feminista. El paso se ha dado si se demuestra que la "diferencia de los sexos" es una dimensión esencial de la sociedad y del imaginario griego, ya sea que se describan los efectos que produce dicha estructura social e ideológica en todos los niveles de la vida cívica, o que se haga una lectura política dentro del marco de la ciudad. Todo es posible dentro de ciertos límites pues el discurso griego es completamente masculino y no podemos regresar a Atenas como los antropólogos vuelven a las Trobriand. Muchas preguntas se quedarán sin respuesta, jamás sabremos si había una percepción diferente del mundo según los sexos o las formas eventuales de resistencia o los grados de sumisión femeninos. A estos límites reales se le agrega la insuficiencia de estudios de detalle por lo que la etapa de la síntesis está aún lejana. Sin embargo, no hay que olvidar que la diferencia sexual en Grecia es uno

de los componentes de la politeia. En una sociedad tan preocupada por la producción de hombres, el griego forja su identidad de ciudadano a partir de pensarse griego frente al bárbaro, libre frente al esclavo, hombre frente a la mujer.

La investigación sobre la repartición de los roles en las prácticas sociales es al mismo tiempo una encuesta sobre los diferentes tipos de discursos hechos sobre la división sexual en un momento dado. Pues cada tipo de fuente tiene un discurso propio. Ninguna permite una lectura inmediata de la realidad y al mismo tiempo cada una es una trasposición de lo real en grado diferente. Tampoco se trataría de privilegiar uno para elaborar un modelo de referencia que fuera el real (la condición real de la mujer), sino confrontar a los discursos entre ellos sin unificarlos.

Imprescindible será por lo tanto acercarse a los hechos de otra manera, encontrar en los datos y las cifras, en las actitudes y sensibilidades colectivas los lugares en que el análisis histórico ha olvidado la relación obligada entre lo masculino y lo femenino. Se trata, en suma, de identificar a la mujer en cada lugar, nombrarla, reconocerla y comprender los mecanismos por los que fue expoliada en su relación oficial con el mundo masculino. Explotada no por su falta de presencia sino tal vez y justamente por ella. Los archivos nos muestran su presencia en el taller, en la calle, en la tienda, en el mercado, vociferantes, peleonas.¹² Entender, entonces y por fin, a qué imperioso orden obedeció el poder masculino para no contentarse tan sólo con haber sometido a las mujeres, sino que para afinar bien su victoria tuvo que ocultar la evidente actividad femenina.

La crítica a la historiografía hecha sobre la historia de las mujeres en la época medieval puede ser muy sugerente. Christian Klapisch Zuber¹³ nos demuestra cómo pueden ser cuestionados los métodos de análisis para conocer la historia de las mujeres medievales. La historiografía positiva del siglo XIX impregnó con sus presupuestos ideológicos todo análisis ulterior y así se encerró a las mujeres en un estatuto legal que la puso en "condición de mujer". Al no ser actor histórico ni sujeto de derecho, nunca tomó espesor social a

los ojos del historiador sino que tuvo que contentarse con el papel de simple juguete de esas normas, única posibilidad para ser "estudiada". Lo curioso, nos dice, es que los mismos hechos jurídicos vistos como objeto histórico y tomados como pruebas irrefutables de la verdadera condición femenina han dado dos tipos de interpretación totalmente opuestos.

Por un lado, la visión optimista¹⁴ que nos habla sobre la mujer que llega a igualarse con el hombre en el Renacimiento, después de salir de la opresión del oscurantismo medieval. En reacción a esta interpretación, desde los años treinta se ha tendido a obscurecer el régimen jurídico de la mujer desde la Baja Edad Media a los Tiempos Modernos, evidenciando el deterioro del estatuto femenino con el surgimiento de la burguesía y de la misoginia universitaria y clerical, insistiendo, al contrario, en la libertad que tenían las mujeres en la Edad Media Central.¹⁵

Habría un tercer tipo de historiografía tradicional sobre las mujeres, el situado del lado de lo cotidiano, de lo doméstico o de las costumbres. La mayoría de los libros sobre la Edad Media consagran casi siempre un capítulo a las mujeres, a las fiestas, a la comida, la casa, al mobiliario, etcétera, pero con toda ingenuidad, pues no analizan las justificaciones ideológicas, ni los sistemas de representaciones que le asignan tal lugar a las mujeres y a lo femenino. Aquí la mujer se describe a través de la repetición de sus gestos, ahogada en la descripción erudita de una vida cotidiana que le dicen "dominar", mientras que el otro espacio, el masculino, está abierto y animado por una tercera dimensión: el tiempo, iluminado por la crónica donde se despliega la historia de lo político, de la creatividad y de las técnicas productivas. La vida cotidiana y doméstica no tiene historicidad aunque algunos intenten revalorizar el "lugar tan importante" que ocupaban las mujeres, así como resaltan que ése es uno de los "elementos de la dominación femenina".¹⁶

De este modo, la historia de las mujeres en la Edad Media se distinguió por su formalismo jurídico y la no-representatividad de sus ejemplos, así como por la aceptación no explícita de los roles tradicionales juzgados como naturales.

Desde hace 15 años la investigación ha querido

CAPITAL SOCIAL
\$ 5.000,000

EL BUENTONO, S.A MEXICO.

COLECCION NO 51
DIRECTOR GENERAL
E. PUGIBET

Medallas de Oro en las Exposiciones Paris, 1889. — Londres, 1895.

Medallas de Oro en las Exposiciones de Bufalo y Guatemala.



-Vaya una rareza- decía el Sr. Moran- ¡No puedo acostarme con tranquilidad porque creo que se me ha olvidado algo!



Se me olvidaría cerrar la puerta? No está con candado!



¡Hombre! puede que no haya yo acostado al perro Si, esta durmiendo!



Tal vez no traera yo la taza ¡Si esta en su sitio!



¡Habrase visto! ¿que será lo que se me ha olvidado?



Tomare cerveza "MONTAZOMA" puede que esto no sea mas que nerviosidad!



Nada yo me muero! siento que me falta algo! pero ese algo, ¿que será?



¡Re-donde!! ¿donde tendré yo la cabeza? ¡lo que se me había olvidado era fumar mi vigesimo cigarrillo CANELA PURA!



¡Pues, mireñides que he pensado! ¡ya me acordé! ¡lo que se me había olvidado era fumar mi vigesimo cigarrillo CANELA PURA!

EL BUENTONO S.A tiene registrada, conforme a la ley, la propiedad de estos anuncios

Grandes Premios, Paris 1900 y St. Louis Missouri 1904

remediar estas debilidades definiendo con más rigor su objeto y replanteando su metodología. Se pensó que un acercamiento cuantificable y serial podría darle más científicidad y objetividad a una población diluida en una masa indistinta. A la simplicidad de normas jurídicas que establecían el estatuto de la mujer, se opusieron la diversidad de los actos buscando en las series —testamentarias, por ejemplo, o en las transacciones de bienes raíces, en los acuerdos de matrimonio, en los registros de asentamientos, etcétera— el margen de maniobras y estrategias que podían tener las mujeres.

La demografía histórica que ha provocado la renovación de problemáticas históricas ha sido utilizada también para observar el rol de las mujeres como agentes demográficos. Pero ¿es acaso neutra?, aparentemente trata con un pie de igualdad a los contingentes masculino y femenino. Sin embargo, no ha podido evitar presupuestos que distorsionan mucho el análisis.

El vocabulario utilizado puede ser uno; pero existen también otros que afectan el proceso mismo de constitución del *corpus*, puesto que los términos de referencia son generalmente masculinos. Para escribir la historia de los linajes, en nuestra sociedad occidental, retener el apellido del marido es borrar los linajes femeninos y por lo tanto las permanencias, las tradiciones heredadas de mujeres a mujeres, puesto que las esposas portadoras de otro nombre, llegadas de fuera y las hijas casadas por fuera también escapan a la investigación.

Frente a este tipo de análisis, Martine Chaudron¹⁷ parte del supuesto de que las mujeres pueden ser actores con plenos derechos y reconstituye trayectorias sociales femeninas a través de generaciones sucesivas de mujeres, madres e hijas, comparándolas con trayectorias masculinas de los miembros varones de las fratrías a las que pertenecen dichas mujeres.

Otro espacio que se deberá tomar con mucho cuidado es el de la familia. A pesar de las advertencias de antropólogos y sociólogos de no confundir las categorías hoy dominantes con los sistemas de organización del pasado, la familia sigue siendo tratada con la lupa del presente. De esta manera sale triunfadora nuestra bendita familia conyugal, y así todo lo que está a su alre-

dedor es como un residuo, una “extensión” que vela a las mujeres solteras, viudas, aisladas, marginadas, incluso si éstas son el pivote de dichas familias.

No obstante lo serial, la cuantificación no tiene prejuicios, es más bien la pregunta del investigador la que no ve más allá. Lo serial tiene la ventaja de mostrar perfiles medios, evoluciones de conjunto pero con el inconveniente de arrazar lo secundario, lo accidental. Esto se vuelve muy peligroso para la historia de las mujeres, trabajadoras al interior de un sistema que no dominan y desviadas con relación a la norma masculina.

La crítica a la historiografía medievalista sobre la mujer es muy compleja y ambigua, para lograrla eficazmente tenemos que tomar en cuenta las condiciones generales de la práctica histórica sobre esta época, y al mismo tiempo inaugurar una serie de nuevas preguntas.

Está claro que la mayoría de las fuentes escritas medievales que nos han llegado, fueron hechas por hombres, en un ambiente cultural en el cual la mujer no era solamente “un ausente” sino una de las figuras más sobresalientes de esta cultura clerical. El discurso producido por los clérigos la presenta como a un ser peligroso, endominado; cuya presencia inaugura el caos moral y social. Este discurso fue negado por la crítica positivista por ser fanático, sectario y excesivo. Así, para nosotros es evidente que no podemos hablar de una mujer ausente, sino más bien de la constitución de un discurso de la negación. La mujer está presente en las fuentes medievales pero sólo aparecerá si somos capaces de cuestionar de manera eficaz estos textos.

Por otra parte, lo que no debemos olvidar son las condiciones globales del trabajo cotidiano del medievalista, textos escasos, incompletos o mutilados, reeditados y transcritos con criterios dudosos (o por lo menos pocas veces explícitos), textos cuya “salvación” se debe al puro azar y cuya relación con el conjunto de la cultura escrita será siempre coyuntural. Esta cultura culta, escrita, minoritaria, está inmersa en una realidad oral, dinámica y contrastada, y por si esto fuera poco, debemos recordar la difícil tarea de alcanzar a entender la lógica de constitución de estos textos y su ambiguo funcionamiento social. Tenemos que ir más allá, pues si bien es cierto que los agentes de la cultura medieval son hombres y

tendieron a producir una palabra masculina, las etapas posteriores y sobre todo el trabajo de la escritura positivista en el campo histórico tendió a hacer más patente esta masculinización de la escritura medieval. Lo anterior en la medida en que las tareas intelectuales estuvieron en el siglo XIX casi exclusivamente reservadas a los hombres.

Esta escritura decimonónica, que no se terminó con el siglo, tendió a interesarse sólo en los campos tradicionalmente reservados al hombre, el de la acción política y militar. Así, tenemos un doble reforzamiento masculino. No solamente las fuentes son producidas por hombres, que tienen el monopolio de lo escrito sobre todo en su relación con lo público, sino que todo el trabajo posterior de historiografía que va desde la conservación, clasificación, análisis, edición, fue hecho por otros hombres de distinta época. Tendremos pues que diferenciar claramente estas dos series de fenómenos si queremos ver un poco más clara la difícil constitución de la historia de las mujeres.

Si nos hemos dado cuenta de que la historia de las clases populares era muy difícil de hacer a partir de documentos escritos por los patrones,¹⁸ la historia de las mujeres es doblemente difícil de constituir. Ellas han dejado muy poca huella escrita y su producción, cuando la hay, es muy específica: versos, manuales de educación, cuentos morales o recreativos, diarios íntimos, etcétera.

La historia de mujeres se construye como en eco y probablemente jamás será suficiente para restablecer el equilibrio. De ahí que esta disimetría sexual en la fabricación de imágenes imponga como necesario el conocimiento de las mentalidades masculinas. Pues la mujer que hoy podemos estudiar es la que ha sido observada y descrita por los hombres. Exclusión que no es más que la traducción de otra: la de las mujeres de la vida y del espacio público desde el siglo XIX. Desde que la burguesía "falócrata" por definición, impone su concepción de roles y la rigurosa separación de sexos, le asigna a la mujer su lugar y única forma digna de existencia: el hogar y la maternidad.

Para Alain Corbin, especialista en el siglo XIX,¹⁹ el estudio de la condición femenina puede ser

comprensible si se toma en cuenta el análisis de los resortes de los discursos que emanan de curas, médicos, magistrados, policías o literatos. Hay que discernir los sistemas de representaciones, los miedos y angustias que ordenan el lenguaje y los comportamientos masculinos.

Alain Corbin observa que si el estudio del discurso sobre la naturaleza femenina elaborado a fines del XVIII puede ser el capítulo más acabado de la historia de las mujeres, no ha tomado en cuenta la mirada de los médicos sobre su propia sexualidad.²⁰ La convicción de la inferioridad sexual masculina obsesiona a los sabios observadores de la histérica, engendrando la "aritmética coital" de todo el XIX; las ansiosas cuentas de la actividad sexual conyugal, el aumento de miedo al fracaso, la interiorizada necesidad de una gestión espermática ligada al fantasma del desperdicio, intentan exorcisar la imagen de la mujer obsesiva y devoradora.²¹ Si no tomamos en cuenta ese miedo, no entenderemos ese lenguaje que teme el poder de la ninfómana y la lesbiana, ni los anatemas contra la mujer estéril o la menopáusica, figuras insaciables.²² De ahí, la extrema valorización de la virginidad, la necesaria iniciación por un hombre sabio y mayor o el intento de reglamentar el placer femenino, evitando sobre todo el exceso.

Para Corbin, una pertinente historia de las mujeres no debería quedarse en el análisis de las obsesiones, presupuestos o miedos que forman la trama de las fuentes de origen masculino, sino jamás separar el estudio de los destinos de ambos sexos. Acentuar la solidaridad, complementariedad y sutil distribución de los roles tanto en el campo de las prácticas sociales como en el de las simbólicas.

Asimismo, habría que tomar en cuenta el juego de relaciones imaginarias. Representación del otro e imagen de sí son complementarias. Pues la verdad es que el estudio del pasado de las mujeres se elaboró en función de los hombres. Entonces ¿por qué no poner a éste en el campo de una historia sexuada? Este camino se impone en la historia de la sexualidad o de la prostitución.²³ El estudio de la relación defectuosa al deseo característico del siglo XIX, no puede llevarse a cabo sin tomar en cuenta a ambos sexos.

Sabemos que a lo largo de todo el siglo la histeria es considerada como específicamente femenina. Pero cómo saber si esta teatralización del sufrimiento femenino no esconde el síntoma del sufrimiento masculino. Los diarios íntimos, la poesía y literatura románticas no son más que una larga deploración del malestar general que solamente el recurso de la ficción los hace surgir a la luz. En la escena pública el sufrimiento de los hombres se expresa menos cada vez, el *self-control* se vuelve símbolo de buena educación. A la mujer se le deja el monopolio de las lágrimas, gritos, vapores, mareos, desmayos, lo que prueba su fragilidad.²⁴

Se borran los rituales de inversión y al hombre le corresponde el modelo de la virilidad guerrera. Hasta el segundo Imperio en Francia, los burgueses preferían dejar a sus hijas en el hogar y encerrar a los varones en pensiones frías, negras y apesadas que contribuirán a modelar la severidad de la mentalidad masculina. Siglo de la contención, el XIX nos refleja un malestar colectivo. La movilidad social engendra un sentimiento de inseguridad, una nueva ansiedad. El nacimiento (origen social) deja de ser un factor de pertenencia a una clase y el individuo se pregunta sobre la imagen que da de su persona. La mirada del otro suscita una inquietud y un sufrimiento nuevos. Pero también hay otros síntomas, Theodore Zeldin nos habla de la ascensión en el XIX de la melancolía y de la neurastenia, ambas consideradas como eminentemente masculinas.²⁵ Se podría también introducir los conceptos de miseria y de ghetto sexuales.²⁶ El retraso de la edad masculina al matrimonio y las estrategias parentales más imperativas que antaño represoras de pulsiones, etcétera. El sufrimiento de las mujeres emana de la miseria de los hombres.

¿Por qué se rechaza entonces el estudio del modelo dominante de la virilidad? Será por te-

mor a constatar que los hombres del XIX, obsesionados por el miedo a las mujeres, cargan como un peso la imagen antigua de la virilidad. Será por miedo a descubrir el malestar y la debilidad de su sexo del que el sufrimiento puede ser el resultado precisamente de ese rechazo y sobre todo del silencio impuesto a la mujer.

En las fuentes que son condición para toda historia y que nos muestran impresionante la cuestión de las huellas, las mujeres han sido vistas por las autoridades morales, jurídicas y médicas y han sido objeto de un discurso normativo que ha insistido sobre el papel que deberían tomar pero que por lo mismo han contribuido a enmascararla. Incluso hoy en día cuando ya están "reconocidos" algunos trabajos históricos sobre mujeres, vemos que a las historiadoras les es muy difícil separarse de temas concernientes al cuerpo, a la maternidad, etcétera, sin poder alejarse de esa naturaleza femenina tan puesta en duda por ellas mismas. Esto acarrea una paradoja pues reafirma el persistente mito de una naturaleza femenina inmutable. Representadas, fantasmeadas, las mujeres han sido el centro de una literatura que hoy debe ser estudiada muy detenidamente, pues más que ninguna otra la mirada sobre las mujeres está mediatizada. Debemos pues escarbar la naturaleza de dicha mediación.

Cuestionar los textos más ampliamente, las formas de discurso, su recepción, su función social y política. Atender la periodización de sus semejanzas y diferencias. No dejarse atrapar por ellos, poder discernir de lo que los textos fabrican como alejamiento, como trasgresión o incluso indiferencia, de lo que construyen o destruyen en los espacios sociales de una época. Los documentos no hablan por sí mismos sino que es el historiador el que los hace revivir.

Notas

Nos pareció importante desarrollar esta parte bibliográfica para que pudiera servir no solamente de apoyo a este breve texto; sino también a futuras investigaciones sobre

el tema, así como para demostrar la larga trayectoria de estudios y la extraordinaria fineza lograda en estas investigaciones.

¹ Pascal Werner, *et. al*, *L'Histoire sans qualités*, Ed. Galilée, Paris, 1979.

² Michelle Perrot (dir.), *Une histoire des femmes est-elle possible?*, Ed. Rivages, París, 1984.

³ Pascal Werner, *et. al.*, *op. cit.*

⁴ Anette Winer, *Women of value, men of renown*, Univ. of Texas Press, 1976.

Antropóloga que nos muestra con una claridad e inteligencia sorprendentes cómo pueden replantearse todas las categorías utilizadas en el estudio de roles sexuales y las consecuencias de la repartición de dichos roles en las sociedades tradicionales. A. Weiner acaba con los dualismos del pasado que pretendían que las relaciones entre hombres y mujeres fueran de oposición y siempre fundadas en la bendita naturaleza de cada sexo, al reestudiar en uno de los "lugares sagrados" de la antropología, la importancia de las mujeres en el funcionamiento de la sociedad matrilineal de las Trobriand.

⁵ Arlette Farge, "L'Histoire ebruitée, des femmes dans la société pré-révolutionnaire parisienne" en *L'Histoire sans qualités*, *op. cit.*

⁶ Pauline Schmitt-Pantel, "La différence des sexes, histoire, anthropologie et cité grèque" en *Une Histoire des femmes est-elle possible?*, *op. cit.* Ver particularmente su impresionante bibliografía.

⁷ J.P. Gould, "Law, custom and myth: aspects of the social position of women in classical Athens", *JHS* 38-59, 1980. Esta es la síntesis más reciente sobre el tema, que intenta ser "objetiva", hace un cuadro sobre la condición femenina, desde el punto de vista legal y de las costumbres pero fundándose en una lectura de textos del S. IV a.c. sin tomar en cuenta los problemas ideológicos de la escritura de dichos textos.

⁸ P. Schmitt-Pantel y F. Thelamon, "Image et histoire: illustration ou document?" en Lissarrague y F. Thelamon ed., *Image et Céramique*, Rouen, 1983.

⁹ P. Vidal-Naquet, *Le Chasseur Noir*, La Découverte, Paris, 1981. (Trad. en Ed. Península). Existen muchos más elementos para estas problemáticas en los trabajos (varios ya traducidos) del "equipo" Vidal-Naquet, Vernant, Detienne, Loraux. . . Ver específicamente la Ed. Taurus.

¹⁰ Claude Mossé, *La Femme dans la Grèce Antique*, Ed. Albin Michel, Paris, 1983.

¹¹ H. Foley, "Reverse similes and Sex Roles in the Odyssey", New York. C. Segal, "The Menace of Dionysus: sex roles and reversals in Euripides, Bacchae", Cambridge.

Me pareció importante introducir estos textos en este inventario bibliográfico debido a la problemática abordada aunque desgraciadamente no los pude conseguir puesto que las fichas dadas por P. Schmitt están incompletas. Sobre el "problema" de la transexualidad y homosexualidad en la Antigüedad Clásica han aparecido gran cantidad de textos. Desde los de M. Foucault: *L'Usage des*

Plaisirs y Le Souci de Soi (NRF. Paris, 1984) al impactante y sugerente "Christianisme, tolérance sociale et homosexualité. Les homosexuels en Europe occidentale des débuts de l'ère chrétienne aux XIV siècle" de John Boswell (NRF, 1980) o los poco ortodoxos textos de Paul Veyne.

¹² A. Farge y M. Foucault, *Le désordre des familles*, Ed. Gallimard-Juillard, Paris, 1982.

A. Farge, *Vivre dans la rue à Paris au XVIIIe. siècle*, Coll. Archives, Paris, 1979.

¹³ Christian Klapisch Zuber, "Le médiéviste la femme et le sériel" en *Une Histoire des femmes est-elle possible?*, *op. cit.*

¹⁴ E. Rodocanacchi, *La femme italienne avant, pendant et après la Renaissance*, Ed. Hachette, Paris, 1922.

J. Kelly Gadol, "Did women have a Renaissance?" en *Becoming visible. Women in European history*. Ed. Bridenthal y Koons. Londres y Boston, 1977.

¹⁵ R. Kelso, *Doctrine for the lady of the Renaissance*, Urbana, 1956. Podría resultar interesante para estos propósitos releer a G. Duby, "Le Chevalier, la Femme et le Prêtre". Ed. Pluriel, 1981.

¹⁶ J.A. McNamara y S. Wemple, "The power of the women through the family in medieval europe 500-1100" en *Clio's consciousness raised: new prespectives on the history of women*, Ed. Hartmann y Banner, N. Y., 1974.

¹⁷ M. Chaudron, "Les approches statistiques, biographiques et généalogiques sont-elles exclusives l'une de l'autre ou complémentaires?" en las *Actas del X. Congreso Mundial de Sociología*, México, 1982.

¹⁸ Entre la abundante obra de Michelle Perrot podríamos citar su último libro, que es una parte de su tesis de doctorado: *Jeunesse de la grève. France 1871-1890*. Ed. du Seuil, 1984.

¹⁹ Alain Corbin, "Le sexe en deuil et l'Histoire des femmes au XIXe. siècle" en *Une Histoire des femmes est-elle possible?*, *op. cit.*

²⁰ Hace alusión a los textos de Yvonne Kneibiehler y particularmente a "La femme et les médecins", Ed. Hachette, Paris, 1982.

²¹ A. Corbin, "La petite bible des jeunes époux" en *L'Histoire*, núm. 63, 1984.

²² J.P. Jacques, *Les Malheurs de Sapho*, Ed. Grasset, Paris, 1981.

²³ A. Corbin, *Les filles de Noce*, Ed. Champs-Flammarion, Paris, 1982.

²⁴ A. Vincent, "Les transformations des manifestations de l'emotion. Projet d'une histoire des larmes. XVIII-XIX siècles", Tesis de Doctorado en Paris VII, 1984.

²⁵ Th. Zeldin, *Histoire des passions françaises 1848-1945*, Ed. du Seuil, Coll. Point, Paris, 1981. T.V.

²⁶ L. Chavalier, *Montmartre du Plaisir et du crime*, Ed. Robert Laffont, Paris, 1980.

CAPITAL SOCIAL
5.000,000

LIT. EL BUEN TONO A MEXICO

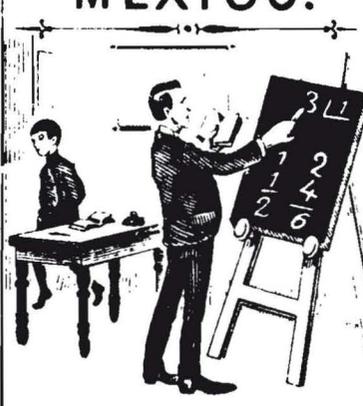
EL BUEN TONO, S.A. MEXICO.

COLECCION Nº 47
DIRECTOR GENERAL
E. PUGIBET

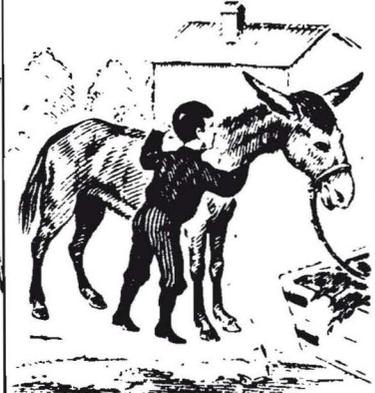
Medallas de Oro en las Exposiciones Paris, 1889. — Londres, 1895.



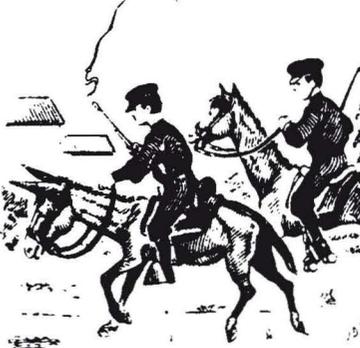
La pena negra pasaba el maestro D^o Ezequiel Bravo con su discípulo fede, cada cinco minutos tenía que ir en su busca para regresarlo a 'fortioris' al estudio



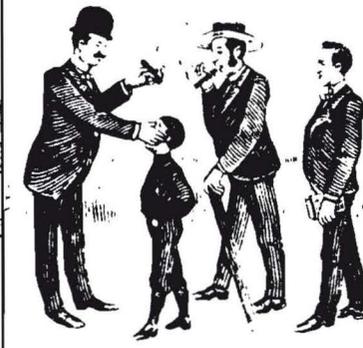
Y no era que el chico fuera desaplicado, pero le cansaban pronto los libros y de ahí que estuviera abismado la más; ¡pena de distracción del preceptor para escaparse



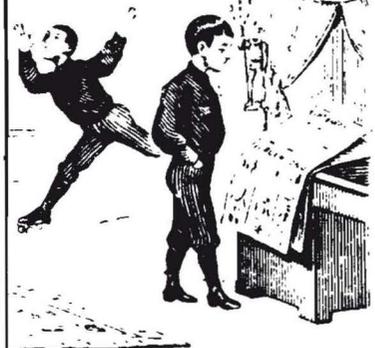
Yéndose incontinenti en busca de su burro Peñitas, el gran regalo de su tío Valentin



fede montado en 'Peñitas' y su primo Enrique en la jaca Matilde se marchaban a los olivares y aquello era correrse y darse gusto



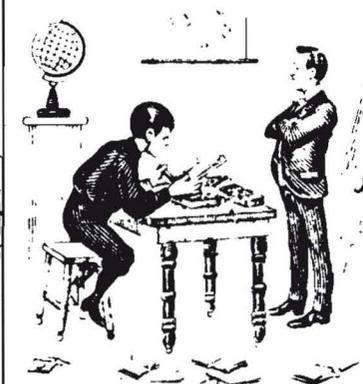
Los parientes y amigos lo instaban que tuviera más amor al estudio, pero él contestaba invariablemente que sentía más inclinación por dedicarse al campo como su padre



Un día mientras Enrique patinaba fede vio en un periódico un anuncio en que se ponderaban las virtudes de los inmejorables cigarrillos CANELA PURA



El chico era listo, quiso probar por sí mismo tales virtudes y se fumó los cigarrillos del abuelo D Vicente que dormitaba en su sillón



¡Oh prodigio! fede olvidó el campo el pollino y el juguete y se dedicó a estudiar con la ahínco y su capacidad se desarrolló de tal manera que presto dejó muy atrás al maestro Bravo



Reunida la familia para dar fe de los adelantos del niño, este después de mostrar sobre varios temas escrito por hacer la apología de CANELA PURA, les relató los beneficios que reportaría a la instrucción si aquellos educandos fumasen esos cigarrillos

Medallas de Oro en las Exposiciones de Bufalo y Guatemala

"EL BUEN TONO" S.A. tiene registrada, conforme a la ley, la propiedad de estos anuncios

Grandes Premios, Paris 1900 y St Louis Missouri 1904